

mas necesidad, y que eso sea lo primero que procuremos alcanzar. Pues comenzad primero este ejercicio por las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen sin andarlas vos á buscar, ahora sea por medio de la obediencia ó por medio de vuestros hermanos, ó por otra cualquier via. Recibid de buena voluntad todas estas ocasiones y aprovechaos de ellas, porque eso es necesario, así para vuestra paz y quietud, como para dar buen ejemplo y edificacion. Habíamos nosotros de ser tan fervorosos en la mortificacion, pues nos va tanto en ello, que anduviésemos pidiendo é importunando á los superiores que nos mortificasen en esto y en lo otro, y nos diesen la penitencia y la reprehension en particular y en público delante de todos; pero ya que no seais tan fervoroso como eso, recibid siquiera con paciencia y buena voluntad las ocasiones de mortificacion que se os ofrecen y os envia Dios para vuestro ejercicio y aprovechamiento. Muchas son las ocasiones que en esto se nos ofrecen cada dia; y si uno anduviere sobre sí y con deseo de mortificarse, siempre hallaria en qué; porque unas veces, acerca de las cosas de la obediencia, os parecerá que á vos os mandan lo mas trabajoso y que todo carga sobre vos habiendo otros que podian hacer aquello; y á cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular trabajo y mortificacion. Pues aprovechaos de esas ocasiones que teneis entre manos, y prevenios para ellas, y haced cuenta que eso dificultoso es vuestra cruz que habeis de llevar para seguir á Cristo. Otras veces se os ofrecerán ocasiones de mortificacion en la comida, en el vestido, en el aposento; holgaos que os quepa á vos siempre lo peor, como nos lo dice la regla (1). Otras veces os darán la penitencia y la reprehension; y al-

(1) Regul. 25 Summarii constitut.

gunas veces os parecerá que no teneis culpa, y otras que á lo menos no tanta, y que os dicen la cosa diferentemente de lo que pasó ó que lo encarecen demasiado. Holgaos de todo eso y no os escuseis, ni os quejeis, ni querais luego volver por vos y satisfacer al uno y al otro. Pues si vamos á las ocasiones de mortificacion que se nos ofrecen de parte de nuestros prójimos y hermanos con quien tratamos y conversamos, hallaremos tambien hartas; unas veces sin ellos querer, ni advertir en ello, y sin culpa alguna suya; otras por algun descuido ó negligencia, aunque no con mala intencion; otras veces se os ofrecen ocasiones en que os parece que sois desestimado y que hacen poco caso de vos. Pues si vamos á las que nos envia el Señor inmediatamente con las enfermedades, tentaciones y trabajos que nos vienen, y con el repartimiento tan diferente de sus dones así naturales como sobrenaturales, no tienen cuento ni número las que cada dia se nos ofrecen sin andarlas nosotros á buscar. Estas son las ocasiones en que primero nos habemos de ejercitar; porque como estas mortificaciones se nos han de ofrecer muchas veces necesariamente, y las habemos de padecer, aunque nosotros no queramos, es menester que procuremos hacer de la necesidad virtud, para que, ya que las padecemos, sea con fruto. Y fuera del aprovechamiento espiritual que en esto hay, ahorraremos de mucho trabajo si las tomamos de buena voluntad, porque muchas veces el trabajo y dificultad que sentimos, no está tanto en las cosas quanto en la repugnancia y contrariedad de nuestra voluntad; y así, abrazándolas de buena gana, aliviaremos mucho el trabajo.

Otras mortificaciones hay que habemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, á diferencia de las pasadas, que llaman pasivas

porque las habemos de padecer, aunque no queramos; pero son necesarias, y así han de ser tambien de las primeras. Y de estas, unas hay que son necesarias para que cualquier cristiano sea bueno y se salve; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los Mandamientos de Dios; otras son necesarias para que uno sea buen religioso y alcance la perfeccion; como es, mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas y el hacer las cosas bien hechas y con perfeccion. Porque cosa cierta es, que no solo todos los pecados, como dijimos arriba (1); sino todas cuantas faltas ó imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificacion; porque todas son, ó por huir y no padecer algun trabajo que sentimos en hacer lo bueno y lo mejor, ó por no abstenernos de algun gusto y deleite que recibimos en lo malo ó imperfecto que hacemos. Vamos discutiendo por todas ellas, y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, ó en la templanza, ó en el silencio, ó en la modestia, ó en la paciencia, ó en cualquier otra cosa; todo es por falta de mortificacion; ó por no padecer el trabajo que está anejo á aquello; ó por no abstenernos del gusto y deleite que recibimos en lo contrario. De manera, que si quereis ser buen religioso y alcanzar la perfeccion, es necesario que os mortifiqueis en estas cosas. Así como para ser uno buen cristiano y salvarse es menester que se mortifique en todo aquello que apetece contra la Ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor: "el que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo (2)," y si no se niega y mortifica en eso, no será buen cristiano ni se salvará; así para ser

(1) Cap. H.  
(2) Matth. XVI, 24.

buen religioso y alcanzar la perfeccion, es menester que os mortifiqueis en todo lo que os fuere impedimento para ello. Pues discutiend por todas las obras del dia desde la mañana hasta la noche; y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas y el hacer las cosas ordinarias, que haceis, bien hechas y con perfeccion; y acometed aquel trabajo, y mortifcaos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mala ó imperfectamente; y de esa manera cada dia serán las obras mejores y mas perfectas; y vos tambien sereis mejor y mas perfecto. Todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto. Preguntó uno una vez: ¿qué es la causa que por una parte me dá Dios buenos deseos, y por otra, cuando se ofrece la ocasion, me hallo flaco y caigo en muchas faltas y nunca acabo de arribar á la perfeccion? Decian unos y otros: eso nace de falta de consideracion; si considerádes esto y esto, os ayudaria. Y dábanle muchas consideraciones, y no le aprovechaban nada. Llegó á un viejo muy experimentado, el cual le respondió: no nace eso de falta de consideracion, sino de falta de resolucion. Esa es la causa de no aprovechar y de no acabar de desarraigat de nosotros las faltas y siniestros que tenemos. Acabaoos vos de resolver en mortificaros en lo que habemos dicho, y de esa manera alcanzareis la perfeccion.

CAPITULO XIII.

Cómo nos habemos de mortificar en las cosas lícitas, y tambien en las cosas necesarias.

No parece que habia mas que decir acerca de la práctica y ejercicio de la mortificacion, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque eso bastará para ser buenos y perfectos religiosos. Pero para que mejor hagamos



esas y olemos mas prontos y dispuestos para ellas, ponen los Santos y maestros de la vida espiritual otro ejercicio de mortificacion en cosas que podiamos hacer licitamente. Asi como el buen cristiano no se contenta con hacer las cosas de obligacion que son necesarias para salvarse, sino añade otras de devocion que llaman los teólogos obras de supererogacion, porque no se contenta con oír misa los dias de precepto, sino ayela tambien entre semana, y reza el rosario de nuestra Señora, y confiesa y oímulga á menudo; asi el buen religioso no se ha de contentar con guardar sus reglas y mortificarse en lo que es necesario para el cumplimiento de ellas, sino ha de procurar hacer otras mortificaciones de supererogacion á que no le obligan sus reglas, mortificándose en algunas cosas no necesarias, sino que licitamente las pudierá hacer. San Doroteo dice que no hay cosa que así ayude para aprovechar en virtud y alcanzar paz y tranquilidad, como quebrantar uno su voluntad; y enseña el modo que habemos de tener en mortificarnos en estas cosas que pudiéramos hacer licitamente. Vais por una parte, viéneos gana de volver la cabeza y mirar acullá, no mireis; estais hablando con otros, ofréceose una cosa que viene muy á propósito y os parece que os tendrán por discreto y avisado, no la digais. Ejemplos son que pone el mismo Santo, que tan en particular deseie de como esto: «Viéneos gana de saber qué tenemos para comer, no lo querais saber. Veis alguna cosa de nuevo en casa, viéneos gana de saber quién envió aquello, ó quién lo trajo, si es comprado, ó si es dado, no lo preguntéis (1)». En viniendo el huésped, luego os

(1) *Suadet tibi cogitatio tua, adi cocum, et interroga quid parat absonii, non obtinperes... Cernit fortasse quidpiam, suadet illi cogitatio, ut interroget quanam illud afulerit, non interroget. Dorot. serm. de obedientia, et negatione propriae voluntatis.*

viene gana de preguntar: ¿quién vino? ¿de dónde viene? ¿dónde vá? ¿á qué? no lo sepais, mortificaos en eso.

Este ejercicio, dice San Doroteo, que ayuda grandemente para eriar hábito de negar nuestra voluntad. Porque si nos acostumbremos á quebrantarla en estas cosas pequeñas, en breve vendremos á no tener propia voluntad en las mayores. Asi como los que secrian para la guerra, ejercitan en tiempo de paz, lo que han de hacer en tiempo de guerra, ensayándose en unas justas y suizas que entonces son juegos; pero es necesario aquello para que estén diestros y acostumbrados para cuando vean gan las veras; asi el religioso se ha de acostumbrar á mortificar y quebrantar su voluntad en las cosas licitas para que así esté despues diestro y bien acostumbrado para mortificarse en las ilícitas. San Buenaventura enseña tambien (1) este ejercicio de mortificarnos en cosas pequeñas y que de suyo son licitas y las podiamos hacer; y pone ejemplo en coger una flor, ó no cogerla, cuando vais por la huerta; por que aunque el cogerla no sea culpa, pero el dejarla de coger, por mortificaros, es mas grato á Dios. Y asi dice que el siervo de Dios ha de decir muchas veces en su oracion: «por vuestro amor, Señor, no quiero ver esto, ni oír lo otro, ni gustar este bocado, ni tomar ahora esta manera de recreacion». De nuestro P. San Francisco de Borja se cuenta que, siendo duque, era muy aficionado á la caza de cetrería, y gustaba mucho de ella; é iba á volar una garza, y al mejor tiempo, al punto que el halcón hacia su presa y la mataba, bajaba él sus ojos, y les quitaba tambien su presa, privándose de aquel contento y recreacion que con tanto trabajo habia buscado todo el dia (2).

(1) Bonav. et Ludov. Blos. cap. 2. *Monilis spirit.*  
(2) Lib. 1, cap. 5 de la Vida del P. San Francisco de Borja.

Dice San Gregorio (1) que es propio de los siervos de Dios privarse de las cosas licitas por estar muy lejos de las ilícitas. Por esto aquellos santos Padres del Yermo estimaban tanto este ejercicio y criaban con él á sus discipulos, quitándoles lo que ellos querian y haciéndoles obrar lo que no querian en cosas pequeñas, y que las pudieran hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, para que en todo negasen su voluntad y estuviesen hechos á las armas para cosas mayores. Y del que en estas mortificaciones ligeras y fáciles probaba bien, tenían buenas esperanzas que llegaria á la perfeccion, y del otro sentian mal, porque les parecia que una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere, aunque sea en cosas pequeñas y de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse despues en las mayores. Y de ahí tomó la Compañia el ejercicio que usa, especialmente á los principios con los novicios, ocupándolos en ejercicios y oficios diferentes, y haciéndoles dejar lo que han comenzado y deshacer lo que han hecho y volverlo á hacer, para que no secrien voluntariosos y apetitosos, sino que desde el principio se acostumbren á negar su voluntad y juicio propio.

Mas adelante pasan los Santos en este ejercicio de mortificacion. No se contentan con que nos acostumbremos á negar nuestra voluntad en las cosas licitas que pudiéramos hacer sin pecado y sin imperfeccion alguna, sino que aun en las mismas cosas á que tenemos obligacion de acudir, nos aconsejan que nos acostumbremos á mortificar y negar nuestra voluntad. Pero dirá alguno: ¿cómo puede ser eso? ¿habemos de dejar de hacer aquello que tenemos obligacion por mortificarnos? Digo que no, en ninguna manera, porque eso seria mal he-

cho. «No es licito hacer mal para que venga algun bien (1)». Pues cómo ha de ser eso? Hallaron los Santos para esto una traza maravillosa, y es doctrina del Apóstol San Pablo. Advertid, dicen, y tened cuenta que ninguna cosa hagais, ni penseis, ni habléis, que vaya guiada por cumplir vuestra voluntad ó apetito, sino antes que comais habeis de mortificar el apetito de la gula, y no habeis de comer porque vos gustais de ello y lo queréis, sino porque es obediencia de Dios, que quiere y manda que comais para sustentar la vida, como lo hacia el abad Isidoro, del qual refiere Paladio (2) que lloraba cuando iba á comer, é iba por obedecer.

Antes que estudiéis, habeis de mortificar el apetito de estudiar, y despues estudiad, porque Dios lo quiere y os lo manda, y no por vuestra voluntad y gusto. Antes que prediqueis ó leais la cátedra, mortificad el apetito ó inclinacion que teneis á eso, y no lo hagais por vuestro gusto y aficion, sino porque os lo mandan y es voluntad de Dios. Y de la misma manera en todas las demás cosas habeis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo quiere. Porque no es razon que ellas nos lleven cautivos hacia sí, sino que nosotros las traigamos á ellas á nos y á Dios, haciéndolas puramente por él. Esto es lo que dice el Apóstol: «Ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (3)».

Este es un punto muy principal y muy espiritual. No habemos de hacer las obras ni el oficio que hacemos por el gusto ó inclinacion que tenemos á ello, sino puramente por Dios, porque él así lo quiere y

(1) *Non sunt faciendá mala, ut veniant bona. Ad Rom. III, 8.*  
(2) *Paladius in Histor. Lausiaca, sectione 14.*  
(3) *Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite. I. ad Cor. X, 31.*

(1) *Greg. lib. 4. Dialog. cap. 11.*



nos lo manda, acostumbrámonos á no hacer en ellas nuestra voluntad, sino la de Dios, y á holgarnos en ellas, no porque las cosas son de suyo apetecibles, ni porque nosotros gustamos de ellas y son conforme á nuestra inclinacion, sino porque estamos haciendo en ellas la voluntad de Dios. El que anduviere de esta manera, no solamente se acostumbrará á mortificar y negar su voluntad, sino á estar haciendo la voluntad de Dios en todas las cosas, que es un ejercicio muy alto de amor de Dios y de gran provecho y perfeccion, como dijimos en otra parte (1).

Harto campo habemos descubierto para este ejercicio, y así, el que quisiere traer exámen particular de mortificar y negar su voluntad (que será muy provechoso) ha de ir poco á poco por los grados y escalones que habemos dicho en estos dos capítulos. Lo primero, podemos traer exámen particular de mortificarnos en las cosas que ellas mismas se ofrecen sin nosotros buscarlas, en que hay mucho que hacer por algunos dias, y aun por muchos; especialmente, si habemos de llegar á llevarlas, no solo con paciencia, sino con gozo y alegría, que es el tercero y mas perfecto grado de mortificacion, como despues diremos (2). Lo segundo, de mortificar nuestra voluntad en lo que nos estorba é impide el hacer bien las cosas que necesariamente habemos de hacer para ser buenos religiosos y guardar nuestras reglas y proceder con edificacion, que son innumerables. Lo tercero, de mortificarnos en algunas cosas que licitamente pudiéramos hacer, para de esa manera irnos habituando y acostumbrando á negar nuestra voluntad y estar mas prontos y dispuestos para cuando se ofrezcan otras mayores: proponiendo de mortificarnos en estas

(1) Part. 1, trat. 3, c. 8.  
(2) Cap. XXIII.

cosas, tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando al principio con menos, y despues añadiendo mas, conforme á como fuere cada uno aprovechando. Y mientras mas veces se mortificare uno será mejor, aunque se acaben todas las cuentas del rosario, como habemos conocido á algunos en la Compañia que las pasaban todas, mortificándose cada dia tantas veces y se les parecia bien en su aprovechamiento. Lo cuarto, en las mismas cosas que tenemos obligacion de hacer podemos traer este exámen, procurando hacerlas, no porque nosotros las queremos y gustamos de ellas, sino porque es aquella la voluntad de Dios, que es un ejercicio que puede durar toda la vida por ser de grande perfeccion.

A lo cual añado, que este exámen por estos mismos puntos se puede traer por via de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas como venidas de su mano y que nos las envia con entrañas de Padre para nuestro mayor bien y provecho, haciendo cuenta que el mismo Cristo nos está diciendo: «Hijo, yo quiero que ahora hagas ó padezcas esto; porque de esta manera será mas fácil y suave, y mas provechoso y eficaz y de mas perfeccion; porque será ejercicio de amor de Dios, el cual todas las cosas hace fáciles y suaves. Aquella razon: «esto es voluntad de Dios; Dios quiere y gusta ahora de esto; conviene y concluye y ata de pies y manos».

De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (1), que una vez partió tarde de Valladolid á Simancas, donde estaba la casa de Probacion; nevaba mucho y hacia un viento muy frio y rigoroso, y vino á llegar muy de noche, y á tiempo que ya estaban reposando los novicios; estuvo un gran rato llamando á la puerta, cayendo copos

(1) Lib. 2, c. 15 de la vida del P. San Francisco de Borja.

de nieve sobre él, y como era el primer sueño, y la puerta estaba lejos de la habitacion, no habia quien respondiese. A cabo de gran rato le oyeron y le abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto á su Padre, y verle traspasado y firitando de frio. Dijoles entonces el Padre con muy buena gracia y alegre semblante: «No tengais pena, hermanos míos, que yo os certifico que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando, porque estaba pensando que el Señor era quien me tiraba los copos de nieve y enviaba los aires helados sobre mí, y que todo lo que obra, lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debía yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo que él tenia en esta obra, pues se despedaza un leon ú otro animal bruto delante de un gran príncipe por solo darle contento.» De esa manera habemos de tomar nosotros todas las ocasiones de mortificacion, y ese ha de ser nuestro gusto y contento en ellas, el gusto y contento de Dios.

CAPITULO XIV.

Que principalmente nos habemos de mortificar en aquel vicio ó pasion que reina mas en nosotros, y nos hace caer en mayores faltas.

En el libro primero de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura que mandó Dios á Saul, por el Profeta Samuel, que destruyese á Amalec á hecho, que no dejase piante, ni mamante, como dicen, grande, ni pequeño, ni de los hombres, ni de los animales y ganados. Y dice la Divina Escritura: «Perdonó Saul y el pueblo al rey Agag, y á lo mas grueso del ganado mayor y menor, y á todo lo que era precioso y de valor. Y todo lo vil y desechado y que no

valia nada, eso destruyeron (1).» Así hay algunos, que se mortifican en cosas pequeñas y livianas; pero en las cosas mayores, que importan y les hacen mas al caso, perdónanse y quédanse muy vivos y muy enteros. Pues para aviso de estos, digo que lo principal en que habemos de poner los ojos para mortificarlo y ofrecerlo á Dios, ha de ser lo mas precioso. Va luego Samuel á Saul, y repréndele muy ásperamente, de parte de Dios, por lo que habia hecho, y hace que le traigan delante á Agag, rey de Amalec. «Y trageron á su presencia á Agag, gruesísimo, y temblando, y lo dividió en partes Samuel delante del Señor, en el sitio llamado Gálgala (2).» hizo sacrificio de él á Dios. Pues eso ha de ser lo principal que habeis de sacrificar y ofrecer á Dios con la mortificacion; ese Agag de vuestra hinchazon y soberbia, eso que reina mas en vos, ese deseo y apetito de ser tenido y estimado, esa impaciencia, esa condicion áspera y mala que teneis.

Hay algunos que todo su cuidado y toda su santidad y perfeccion parece que ponen en esto exterior, que se parece de fuera, en traer una modestia y composicion muy edificativa, y que exteriormente no se les eche de ver falta alguna; y con la mortificacion interior, que es la mas preciosa y subida, no tienen cuenta ninguna, sino que se están muy vivos y enteros en su propia voluntad y juicio y en su honra y estimacion. A los cuales podriamos decir en su modo lo que dijo Cristo á los Escribas y Fariseos: «Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas, que teneis mucha cuen-

(1) Et pepercit Saul, et populus Agag, et optimis gregibus ovium, et armentorum, et vestibus, et universis, quae pulchra erant; nec voluerunt disperdere ea... Quidquid vero vile fuit, et reprobum, hoc demoliti sunt. I. Reg. XV, 32.

(2) Et oblatus est ei Agag pinguisissimus, et tremens, et in frustra concidit eum Samuel coram Domino in Gálgalis. I. Reg. XV, 32.



ta con la limpieza exterior de los platos y vasos en que comeis y bebeis, y dentro estais llenos de inmundicia, de hurtos y de rapiñas! Fariseo ciego, limpia primero el vaso y el plato por de dentro, y se limpiará tambien lo de fuera (1). Limpia y mortificad primero lo interior, para que lo exterior sea puro y limpio; porque si esa modestia exterior no nace de allá dentro, de la paz y madurez interior del corazón, todo será hipocresía y fingimiento. No seais, dice Cristo nuestro Redentor, como los sepulcros blanqueados, que parecen por de fuera muy hermosos y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Y en el mismo capitulo, aun mas á nuestro propósito, reprende á los mismos Escribas y Fariseos, diciendo: "Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas, que teneis mucho cuidado que no se quede por diezmar la yerva buena, el anís y los cominos, y dejais las cosas mas graves de la Ley; no teneis cuenta con ellas (2)." Esto es al pie de la letra lo que ahora vamos diciendo: que hay algunos que tienen mucho cuidado de mortificarse en cosas de poco momento y que no les cuestan nada; pero en lo que duele, en cosa que llegue á lo vivo, no hay tocar. Pues eso há de ser lo principal que tenemos de mortificar: aquella pasión, ó aquel vicio, ó inclinación, ó costumbre mala que mas reina en nosotros, y nos lleva mas tras sí, y nos pone en mayores peligros, y nos hace caer en mayores faltas. Por experiencia vemos que cada uno comunmente suele sentir en sí una ó dos

(1) Vae vobis, Scribae, et Pharisei hypocritae, quia mundatis quod de foris est calicis, et paropsidis, intus autem pleni estis rapina, et inmunditia. Phariseae caece, munda prius quod intus est calicis et paropsidis, ut fiat id quod de foris est mundum. *Matth. XXIII, 25.*

(2) Vae vobis Scribae, et Pharisei, hypocritae, qui decimatis mentham, et anethum, et cuminum, et reliquistis quae graviora sunt legis, iudicium, et misericordiam, et fidem. *Matth. II, 23.*

cosas, que son las que principalmente le hacen la guerra, y le impiden su aprovechamiento, y son causa de todo su desmedro; pues eso decimos que es en lo que principalmente ha de poner cada uno los ojos, para quitarlo y desarraigarlo de sí con la mortificación; y por esto tambien solemos encargar (1) que de esto principalmente se haga el examen particular, y que en esto se insista principalmente en la oración, porque esa es la principal necesidad de cada uno.

CAPITULO XV.

Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas, y cuán provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones.

De tal manera habemos de poner los ojos en las cosas mayores que no dejemos las menores. Este aviso es contra algunos que dejan las mortificaciones pequeñas y no hacen caso de ellas, por parecerles que son cosas menudas y que no está en eso el aprovechamiento y perfección. Este es un engaño muy grande. Y así, nos avisa tambien de ello Cristo nuestro Redentor en aquella misma reprehension que dió á los escribas y fariseos, porque no les reprendió porque tenían cuidado de aquellas menudencias, sino porque dejaban las cosas graves de la ley; antes añade luego que es menester tambien hacer esas cosas. "Conviene, dice (2), que se hagan las cosas pequeñas, pero no se han de dejar las mayores." Muchas veces tratamos cuánto importa el hacer caso de cosas pequeñas y menudas y no nos descuidar en ellas; y a la verdad él es un punto de tanta importancia que merece ser tratado muchas veces

(1) 1.º p. trat. 5.º c. 14; y trat. 7.º cap. 2.º

(2) Haec oportuit facere, et illa non omittere. *Matth. XXIII, 23.*

para que no se nos vaya entrando por ahí tanto mal como suele entrar por esos resquicios. Pero ahora solamente diremos lo que hace á nuestro propósito, que será declarar dos cosas: la primera, el bien grande que hay en estas mortificaciones: la segunda, cuán grande mal y daño nos puede venir, si nos descuidamos de ellas. Y comenzando de lo primero, cuánto agraden á Dios las mortificaciones, aunque sean en cosas pequeñas, y de cuánto valor y merecimiento sean delante de él, entenderase bien por aquí; en la mortificación no se ha de mirar tanto á la cosa que hacemos, quanto á que negamos y quebrantamos en ella nuestra propia voluntad; porque eso es propiamente el mortificarse y negarse á sí mismos que Cristo nuestro Redentor nos pide en el Evangelio (1). Pues esta propia voluntad tan bien se niega y quebranta en las cosas pequeñas como en las grandes; y aun algunas veces mas, como cuando son mas contra nuestra voluntad. Y así lo experimentamos muchas veces, que sentimos mas dificultad en algunas cosas pequeñas que sintiéramos en otras grandes; porque, como suelen decir, y muy bien, la mortificación no está tanto en las cosas quanto en la repugnancia de nuestra voluntad. De manera, que en cualquier mortificación, aunque sea en cosas pequeñas, ofrecemos y sacrificamos á Dios nuestra propia voluntad, negándola y quebrantándola por su amor, y dándole la cosa mas preciosa y mas querida y amada que tenemos; porque no tenemos cosa de mayor valor, ni que mas queramos y estimemos, que nuestra propia voluntad, y dando eso, lo damos todo.

San Ambrosio pondera (2) á este pro-

(1) *Matth. XVI, 24.*  
 (2) Desideravit, et dixit: O si quis daret mihi aquam de cisterna Bethlehem. — Qui noluit bibere, sed magis libavit illam Domino. *I. Paral. XI, 17.*

pósito aquel hecho de David, cuando estando en campo contra los filisteos, dice la Sagrada Escritura "deseó y dijo: ¡oh! quien me diese un poco de agua de la cisterna de Belen!" que estaba de esotra parte de los enemigos. Oyendo esto tres caballeros fortísimos, rompieron por medio del ejército de los filisteos, y tragéronle un vaso de agua de aquella cisterna. Y dice la Sagrada Escritura: "No la quiso beber, sino la sacrificó y ofreció al Señor, derramándola (1)." ¡Gran cosa por cierto, y gran sacrificio, ofrecer á Dios un jarro de agua! Dice San Ambrosio: gran sacrificio fué, y muy agradable á Dios, y basta contárnoslo la Sagrada Escritura por hazaña de David para entender que fué grande. Pero ¿por qué fué grande? ¿Sabeis por qué? dice San Ambrosio: "Venció la naturaleza, quebrantó su voluntad en no beber, teniendo sed, y dió ejemplo á todo el ejército para que sufriese la sed (2);" no fué solo el jarro de agua lo que ofreció, sino la voluntad; esa es la que sacrifica y ofrece uno á Dios cuando se mortifica, aunque sea en cosas pequeñas, y por eso es sacrificio de mucho valor y muy agradable delante de su Magestad.

San Gregorio (3) trae otro ejemplo del mismo David á este propósito, y tambien le trae San Ambrosio (4). Cuenta la Sagrada Escritura en el segundo libro de los Reyes, que David trajo el arca del Testamento á su ciudad de Sion con una procesion y solemnidad muy grande; y así como cuando acá se hace procesion el día de Corpus Christi, el vulgo y la gente plebeya va con sus danzas y bailes delante del Santísimo Sacramento, así es de creer, dice San Gregorio, que tambien entonces el vulgo y gente ple-

(1) Ambros. in Apologia de David, c. 7.

(2) Vixit ergo naturam, ut sitiens non biberet, et exemplum de se praebuit, quo omnis exercitus tollerare sitium disceret. *Ambros. loc. cit.*

(3) Greg. lib. 27. Mor. c. 27.

(4) Ambros. ubi supra.



beya hacia estas danzas y bailes delante del Arca de Dios. Pues aquel potentísimo y fortísimo rey David, olvidado de su autoridad y grandeza, desnúdase de sus vestiduras Reales, júntase con los danzantes y comienza á danzar y tañer, como si fuera un villano (1) ó un hombre de placer, como le dijo su muger Micól. No se acaba San Gregorio de maravillar de este hecho de David, y dice: «No sé lo que otros sentirán de los hechos y hazañas de David; sientan otros lo que quisieren; pero á mi, dice (2), mas admiracion me pone David cuando le veo danzar y bailar delante del Arca, como si fuera un hombre plebeyo y bajo, que cuando oigo decir que despedazaba osos, y desquijaraba leones; y mas que cuando oigo que de una pedrada derrocó al gigante Goliat y venció los filisteos, porque con esto venció á otros; pero con aquello venció á sí mismo; y mucho mas es vencerse á sí, que vencer á otros.»

Pues estimemos en mucho estas mortificaciones, y guardémonos de menospreciarlas, porque no nos acontezca lo que á Micól, que se afrentó y corrió de este hecho de David, y le despreció en su corazon por él, y despues le dió en rostro con ello: por lo cual la castigó Dios con esterilidad, que no tuviese hijo ninguno en toda su vida. Mirad no sea la causa de vuestra esterilidad y sequedad, asi en la oracion como en el trato con los prójimos, de que no se os peguen, ni vuestras palabras se les peguen, y asi no tengais hijos espirituales, el afrentaros ya de hacer las mortificaciones pequeñas, y el desdeñaros de acudir al superior con cosas menudas, parecién-

(1) Quasi si nudetur unus de scurris. II. Reg. VI, 20; et I. Paral. XV, 29.  
 (2) Quid de ejus factis ab aliis sentiat, ignoro, ego David plus saltantem stupeo, quam pugnantem... Pugnando quippe, hostes subdidit; saltando autem coram Domino, semetipsum vicit. Greg. tract. 2, c. 7.

doos que es cosa de niños y de novicios, y que ya no son para vos esas cosas. Y mucho mas deben temer este castigo los que diesen en rostro con estas cosas á los que ven que son muy observantes y muy exactos y puntuales en ellas, notándolos como de escrupulosos ó de muy menudos, y como haciendo burla y donaire de ello, que es una cosa con que se puede hacer mucho daño y de que deberia uno tener mucho escrupulo, porque cuanto es de su parte retrae á los otros de la virtud. ¡Oh! ¡qué bien respondió David á Micól! «Delante de Dios, que me escogió á mi antes que á tu padre, jugaré y danzaré, y hareme aun mas vil y mas bajo, y no me apartará de eso el que mofa y murmura de mí (1).» ¡Oh! dice San Bernardo (2): «¡Oh! ¡qué buen juego aquel con el cual Micól se enoja y Dios se deleita! ¡Oh qué buen juego aquel que al mundo parece risa, pero á los ángeles es un admirable espectáculo! Este juego usaba el que decia: «Somos el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres (3).» Pues usemos nosotros tambien este juego, y no hagamos caso del *qué dirán*, dice San Bernardo (4), porque de esa manera seremos un espectáculo que espante al mundo, y admire á los ángeles, y agrade mucho á Dios.

CAPITULO XVI.

Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas.

De lo dicho se podrá entender fácilmente

(1) Ante Dominum, qui elegit me potius quam patrem tuum, et Judam, et vilior fieri, plusquam factus suum, et ero humilis in oculis meis. II. Reg. VI, 20.  
 (2) Bonus ludus, quo Michol irascitur, et Deus delectatur: qui hominibus quidem ridiculum, sed angelis pulcherrimum spectaculum præbet. Bernard. epist. 87 in fine.  
 (3) Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. I. Cor. IV, 9.  
 (4) Laudamus ut illudamur. Bernard. ubi sup.

te, cuánto mal y daño se nos puede seguir si menospreciamos las mortificaciones pequeñas y nos descuidamos de ellas, porque no habemos de mirar tanto á la cosa pequeña y menuda en que nos dejamos de mortificar, quanto á que no queremos negar ni quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios, ni aun en aquello poco. Y hay aqui otro daño muy grande y muy digno de ser advertido, y es, que con esto va uno dando licencia á su voluntad para que en otras cosas salga tambien con lo que quisiere, y asi se va haciendo voluntarioso y apalitoso, fomentando y aumentando su propia voluntad. No entiende uno el mal y daño que en esto se hace á sí mismo. Al principio es leoncillo pequeño esa propia voluntad; pero de esa manera irá creciendo y se hará un leonfiero é indómito, que no os podais averiguar con él. Bien sabemos que la propia voluntad es la causa y raiz de todos los males y pecados y del infierno tambien. Asi dice el glorioso San Bernardo: «Cese la propia voluntad y no habrá infierno (1).» Pues con estas mortificaciones va uno quebrantando su propia voluntad y quitándole la licencia de que salga con todo lo que quiere, que suele ser la raiz y causa de todos los pecados. Y asi dice Ricardo de Santo Victor (2) que pues el demonio trabaja en vencernos en culpas pequeñas para que estando mas flacos nos venza en culpas grandes, que es justo que nosotros trabajemos tambien de vencernos y mortificarnos á menudo en cosas pequeñas, para que cerremos la puerta al demonio y no nos pueda vencer en cosas mayores; y dice que habemos de comenzar de estas cosas pequeñas, para que asi con el uso vayamos

(1) Cesset propria voluntas, et infernus non erit. Bernard. serm. 3. de Resurrectione.  
 (2) Richard. de Sancto Victore in Cantica, part. 2, cap. 21.

coibrando fuerzas, y de la victoria de las menores vayamos subiendo poco á poco á vencer las mayores. Casiano dá tambien este aviso (1), y pone ejemplo, como cuando os viene un movimiento de ira con la pluma con que escribis cuando no está buena, ó con el cuchillo cuando no corta bien, ó con otras cosas semejantes; conviene mucho, dice mortificar, reprimir estos movimientos desordenados, aunque sea en estas cosas pequeñas, porque con esta victoria, cuando se ofrecen despues ocasiones graves de disgustos é injurias de prójimos, se halla el siervo de Dios con fuerzas para mortificarse y para conservar la caridad y paz del corazon en ellas.

Y mas: hay otro bien en estas mortificaciones pequeñas que toma uno de su voluntad, con que se evita otro daño y peligro grande, como nos lo enseñó Eusebio, varon santísimo, y lo refiere Teodoreto (2). Ejercitábase mucho este Santo en ellas, y preguntado ¿por qué? respondió: «ensáyome contra las artes y andides del demonio, y procuro con esto que las tentaciones grandes con que él me habia de acometer, de soberbia, lujuria, envidia y otras semejantes, se conviertan en estas cosas pequeñas; en las cuales, si yo fuere vencido, no perderé mucho; y si venciere, quedará mas corrido y afrentado el demonio viéndolo que ni aun en estas cosas pequeñas me puede vencer. Nótese mucho esto, porque es una verdad de que tienen mucha esperiencia los siervos de Dios; entendid, que mientras anduviéredes en este ejercicio de mortificaros en cosas pequeñas y menudas, se convertirán en eso las tentaciones del demonio, y vuestras tentaciones serán comunmente de esas cosasillas; «si haré esta mortificacion, si vence-

(1) Cas. lib. 8, cap. 48.  
 (2) Theod. in sua Histor. religiosa.